



La noción de transindividualidad: disquisiciones entre Gilbert Simondon y Bruno Latour

Pablo Nahuel Perez Cedrés C.I.: 5.355.519-9

Facultad de psicología, Universidad de la República

Trabajo final de grado

Docente tutor: Dr. Diego González Garcia

21 de Marzo de 2024

A mis amigos y amigas, sin quienes pensar sería imposible.

A U.T, aunque sea en vano.



Marcel Duchamp (1923) (Le Grand Verre) La Mariée mise à nu par ses célibataires, même. Museo de Artes de Philadelphia, EE.UU.

Resumen.....	5
Introducción.....	5
La noción de Transindividualidad.....	13
La transindividualidad en lo psíquico-colectivo.....	14
Definición y problemas de lo transindividual.....	18
Emoción y transindividualidad.....	21
Transindividualidad y tecnicidad.....	22
Lo técnico como producción de relaciones interhumanos y la adecuada comprensión del objeto técnico.....	24
Agencia y traducción en la Teoría del Actor-Red.....	27
“La segunda naturaleza” como operación reticular.....	32
Conclusiones.....	35
Bibliografía.....	38

“Do not underestimate objects! Lyle says he finds it impossible to overstress this: do not underestimate objects. . . . The world, after all, which is radically old, is made up mostly of objects” (Wallace, 1996, pp. 394 - 395)

Resumen

El presente artículo busca proponer una acepción ampliada del concepto de transindividualidad en la obra de Gilbert Simondon, para esto explora las diferentes significaciones que engloba la noción de transindividualidad en *La individuación a luz de las nociones de forma e información* (2015) y *El modo de existencia de los objetos técnicos* (2007) del mismo autor. A partir de esto se realizará una propuesta de interpretación de la transindividualidad como capacidad de puesta en relación y constitución extendida más allá de lo solamente humano. Esto se realizará mediante el diálogo con la propuesta de Bruno Latour sobre su Teoría del Actor-Red. Podemos observar la presencia de referencias en la propia obra simondoniana sobre modos de relación desde los individuos constituidos con capacidades transformativas por medio de diversas formas de la modulación. Se presentará a la transindividualidad como experiencia transformadora de los individuos más allá de su pertenencia a regímenes de la individuación específicos a partir de una horizontalización de los mismos regímenes.

Introducción

En el siguiente trabajo pretendemos hacer una relectura de la noción de transindividualidad, planteado por Gilbert Simondon, a partir de la teoría Actor-Red (TAR) formulada por Bruno Latour. El intento por establecer un diálogo entre estos dos autores no es algo novedoso, ya que es bien sabido la existencia de puntos de contacto, sin embargo aquí tomamos como objeto de diálogo entre ellos el problema de la transindividualidad. Este último, ha sido objeto de controversia entre los estudiosos de la obra de Simondon, pero, lejos de buscar posicionarnos como esclarecedores de estos

debates, buscaremos producir un diálogo entre autores que profundice la complejidad del mismo concepto.

Ahondaremos con el objetivo de interrogar la capacidad de apertura de lo transindividual a dominios que exceden lo psíquico-colectivo y al universo técnico, territorios demarcados inicialmente por el propio Simondon. Para esto realizaremos una revisión del concepto de transindividualidad en *La individuación a la luz de las nociones de forma y de información* (2015) y *El modo de existencia de los objetos técnicos* (2007). Para posteriormente analizarlos bajo los principios de la *Teoría del Actor-Red* de Bruno Latour. Esta puesta en diálogo produce una reformulación y ampliación de la propia noción de transindividualidad, volviendola potencialmente transversal a los diversos regímenes de la individuación, trayendo así una teoría de las relaciones entre los individuos con capacidades transformativas que da cuenta de ciertos procesos de transformación y cambio, posteriores a la estabilización de la individuación independientemente de la pertenencia a ciertos regímenes de la individuación u otros. Bajo este último punto es que el presente ensayo encuentra su mayor relevancia: plantear en la obra de Simondon una teoría de la interacción híbrida de los individuos.

La búsqueda de una aproximación entre Simondon y Latour parte de dominios teóricos permeables al diálogo, mientras seamos conscientes que no son totalmente extrapolables entre sí. Refiriéndonos aquí, resumidamente, en las evidentes distinciones de sus proyectos: la propuesta metafísica simondoniana, se erige en torno al problema de la génesis del individuo, que se distancia de la problemática latouriana sobre la conformación de redes de actores y sobre cómo se realiza la puesta en acto de estas redes. Las propias unidades de análisis de estos autores divergen entre individuos/medio por un lado, y actores/red por el otro.

Por otra parte, destacamos en las diferencias entre ambos autores sus problematizaciones en torno a la técnica: En el caso de Latour, este refiere sobre

tecnología y redes sociotécnicas, mientras Simondon refiere a tecnicidad y objetos técnicos, ambas consecuencias teóricas ampliamente disímiles. En el caso de Latour, la problematización gira en torno a las redes sociotécnicas que sostienen los programas de acción. Y para Simondon, la extensión teórica de los dominios de la individuación sobre lo técnico y sus modos de devenir; investigando sobre la relación individuo-medio, donde la tecnicidad se erige como un modo particular de relación con este.

La revisión bibliográfica realizada sobre puestas en diálogo entre los autores arroja diversidad de producciones sobre cruces entre ambos. Estas, en su mayoría se centran en sus reflexiones sobre la filosofía de la técnica y el problema sobre el objeto técnico en ambos (Calazans, 2023; Melo & Moraes, 2016; Quéré, 1989). Ambos presentan una preocupación y un diagnóstico sobre el lugar de la técnica en el mundo contemporáneo, teniendo ciertas similitudes respecto a señalar una alienación de la técnica, siendo en Simondon un proyecto de restitución del estatuto cultural de la técnica, la cual se encuentra apartada de la misma; y en Latour, la búsqueda de la reincorporación de técnica como parte de aquello que compone a lo humano. Ambos autores, salvando distancias, encuentran que se debe restituir la relación con lo técnico.

A su vez, Calasanz (2023) se detiene incisivamente en las divergencias entre los modos de pensar lo técnico entre ambos autores. El autor destaca que Simondon parece atribuir un estatuto al humano como “amo de las máquinas” (Calazans, 2023), posición la cual, no solo cuestionamos por su imprecisión; Simondon refiere al hombre como director de orquesta y que “está entre las máquinas que operan con él” (2007 p. 33-34).

En varios de estos se encuentra una puesta a punto entre el concepto simondoneano de “transducción” y en la noción de “traducción” de Latour (Calazans, 2023; Bencherki, 2018; Melo & Moraes, 2016). Siendo la transducción

Una operación física, biológica, mental, social, por la cual una actividad se propaga progresivamente en el interior de un dominio, fundando esta propagación sobre una estructuración del dominio operada aquí y allá: cada región de estructura constituida sirve de principio de constitución a la región siguiente, de modo que una modificación se extiende así progresivamente al mismo tiempo que dicha operación estructurante. (Simondon, 2015, p. 21).

Y por otra parte la traducción en Latour, como el proceso por el cual una acción se transforma en otra, por medio de la interacción entre los actores. Bencherki destaca entre estos conceptos un punto de encuentro, este es la capacidad de constitución de las cosas por medio de los actos. A su vez, en este mismo movimiento, realiza una atribución de la capacidad de acción a lo no-humano.

Por otra parte, realiza una importante re-lectura de Simondon en código de TAR:

En la acción participa desde el ser “más pequeño” hasta “el más grande” al mismo tiempo, manteniendo la plena concretud de lo real que ocupan. Así, las células del cuerpo humano no son anteriores en la participación del humano en “la sociedad”: si ellas contribuyen en la vida humana, ellas contribuyen también, del mismo aliento en la constitución de lo social, en cuanto que ellas son también afectadas por esa participación. **La acción social de los humanos es, entonces, la composición híbrida de las acciones físicas, biológicas y psíquicas.**¹ (...) (Bencherki, 2018, p. 16) (Negritas propias)

Melo y Moraes (2016) también afirman una posibilidad de encuentro entre ambos conceptos pero relacionando al acto de la transducción y traducción como la posibilidad de encuentro entre dos dominios en tensión. Es posible pensar que la traducción Latouriana, en esta lectura, los órdenes que conecta son los pertenecientes a los actores y, cada actor es un dominio en sí mismo, aproximándonos a la teoría de la individuación en Simondon.

Por otra parte, podemos encontrar producciones que se centran en realizar comparaciones e interlocuciones entre ambos autores, sin estar centradas en sus

¹Traducción propia del francés.

investigaciones sobre la tecnología. Penas López (2014) dedica un capítulo de su tesis doctoral a la discusión de las ideas de ambos autores. En esta y a largo de la misma realiza varios comentarios, como el siguiente:

debemos tener en cuenta que, a pesar de que Simondon nos permite poner en cuestión las grandes divisiones ontológicas propias del pensamiento moderno, su filosofía es más limitada a la hora de poder pensar lo que Latour denomina los híbridos, o lo que aparece en la obra de Deleuze y Guattari como ensamblajes. (Penas López, 2014, p. 51).

Y, mucho más adelante dice:

Por mucho que mostremos lo conectado que está el individuo, **no sabremos nada acerca de lo que ha permitido ser al individuo una realidad que se conecta**. El desarrollo de una auténtica ontología relacional exige que la relación no sea pensada como conexión, sino como constitución. (Penas López, 2014, p. 242) (Negritas propias)

Esta contraposición entre los autores vuelve más compleja las aspiraciones a intentar construir una continuidad entre ellos, queriendo pensar a Simondon como iniciador de un poderoso pensamiento relacional (Didier; 2012) y continuado por Latour. Nos encontramos no con discrepancias, mas sí con divergencias de aquello que es abordado. También Mills (2014), está de acuerdo en ubicarlos a ambos dentro de una tradición del “construccionismo relacional” (p.276), pero proponiendo ontologías diversas podemos agregar por “granularidades distintas”, llegan a programas investigativos distintos. Refiriéndonos aquí por “granularidades distintas” a magnitudes del ser diversas entre sí, siendo que Latour pareciera partir desde lo ya constituido y Simondon desde la misma génesis de lo que es el individuo en su forma más elemental.

Penas Lopez distingue en Simondon dos formas de la relación: *Rapport* y *Relation*, siendo traducibles en su obra como “relación exterior” y “relación constitutiva” respectivamente: “En el primer caso las relaciones son meras conexiones externas que

no se traducen en la génesis de un nuevo individuo, en la segunda acepción las relaciones son tomadas como una condición “necesaria de la emergencia de los individuos.”” (Penas López, 2014, p. 244).

Mills (2014), también realiza una crítica, pero en este caso, hacia el proyecto latouriano o sobre su forma de relacionismo. Esta crítica se centra en dos puntos centrales: 1) crítica al detalle: si bien concibe a las cosas primordialmente como un sistema de relaciones conjuntas, no explica a niveles más detallados (granularmente más finos) como emergen las cosas de estas relaciones; y 2) sobre la propia relación: no logra describir cómo interactúan las cosas en sí con suficiente detalle, como se comportan ontológicamente las mediaciones y traducciones (p.278).

Por otra parte, Ferreira (2017) realiza un abordaje entre ambos autores, en este caso propone un diálogo, tomando como centro las nociones de Reticularidad en Simondon y de Actor-red en Latour. A diferencia de los autores antes expuestos, este considera posible establecer una serie de paralelismos entre ambos pensadores más allá de sus divergencias. Ejemplo de esto es la reconstrucción de la individuación no solo como un proceso de establecimiento de relación de dos órdenes diversos entre sí, sino más próxima a la teoría del actor red: la puesta en relación de elementos de un orden físico (elementos ambientales, singularidades preindividuales (Debaise, 2012), etc.) para el surgimiento y sostén de otro orden como puede ser el biológico. Ferreira agrega en su lectura de la individuación en términos de reticularidad, una figuración del acto como la puesta en acción sincrónica de los diversos órdenes componentes para la individuación, tal como fue citado anteriormente en Bencherki (2018). El establecimiento de una red, es entonces el proceso transductivo, o la sucesión de operaciones, mediante las cuales se pasa de un realidad amorfa, preindividual a realidades estructuradas.

Ferreira también realiza un pasaje, aunque más breve, de Latour a Simondon respecto de la noción de actor red, puntualmente el de “punto de paso obligado”:

Dos realidades, antes separadas, entran en comunicación gracias a una mediación disparadora de una nueva individuación colectiva: la realidad envolvente (la periferia, i.e., la energía del viento, el trigo, las personas, etc.) es la realidad envuelta (el centro, i.e., el mecanismo del molino) entran en correspondencia por medio de complicadas negociaciones y alianzas provisionarias, coordinadas por un mecanismo (móvil inmutable).² (Ferreira, 2017, p. 111).

El actor-red también comportaría ciertas similitudes con la individuación simondoniana: es aquello que conecta órdenes diversos entre sí, entendiéndose como mediación; este proceso se realiza mediante la serie de procesos de traducción, delegación, entre otros; esto puede ser conectado también por la idea de la transducción ya mencionada por otros autores.

En resonancia con lo antes expuesto, es que Ferreira concluye que la individuación del actor-red puede ser entendida en términos de organización en estados metaestables en los cuales los sucesivos pasos de individuación a órdenes distintos implican desfases y reorganizaciones (2017). Es entonces, que el proceso de puesta en relación de la red de actores puede ser pensado, de manera analógica como en un estado de metaestabilidad, que, si bien no es definido por montos energéticos como lo teoriza Simondon, se encuentra ligado a procesos de negociación, enrolamientos o rupturas continuos. Por lo tanto la red de actores nunca se establece de manera definitiva.

Por último, podemos mencionar de manera liminar la discusión entre Combes y Stigler sobre lo transindividual (2017), esta puede ser resumida como el debate entre la posición de Stiegler, la cual plantea si lo transindividual e inclusive lo preindividual (que participa en lo transindividual) debe ser entendido como determinado por lo

² Traducción propia del portugués

técnico (Barthélémy & Bontems, 2008) en el proceso de individuación psico-social, debiendo ser leído como un proceso de individuación de lo tecnológico y lo psico-social; por otra parte, la posición de Combes en la cual lo transindividual es un proceso ontogenético propiamente humano, en tanto que el individuo siempre es “más que unidad y más que identidad” (Simondon, 2014, p.12). Consideramos este debate de importancia pues se aproxima a los temas de discusión extensamente trabajados por Latour en *Nunca fuimos modernos* (2007), sobre la negación de la agencia no-humana en las sociedades por medio de la llamada Constitución Moderna.

En función de la bibliografía relevada, podemos afirmar que se ha producido cierto volumen de artículos respecto a producir diálogo entre los autores, algunos de estos buscando abordar la producción de estos sobre la tecnología, si bien estos se apartan de la intención de este artículo, señalan algunos puntos de convergencia y divergencia. Por otra parte, se encontraron producciones académicas que toman como objeto de investigación determinados conceptos fuerza de ambas propuestas teóricas no referidos a las tecnologías específicamente, estos son: Actor-red, transducción - traducción, representación del individuo como proceso y constitución relacional.

Es importante destacar lo planteado por Mills, quien realiza alusiones directas pero no concluyentes, sobre cierto grado de incompletud en el proyecto de ambos autores; dado que la obra de Simondon resalta la ausencia de una teoría explícita de la relación entre individuos constituidos y en el caso de Latour una teoría ontogenética no solo de las relaciones, sino de la constitución de los propios actantes. La divergencia entre los programas de investigación de estos autores no resulta, conforme a la revisión realizada, inhabilitadora para producir un diálogo entre los mismos; por el contrario resulta más que sugerente conforme a la ausencia de menciones al tema explícito de la transindividualidad y la teoría del actor-red.

La noción de Transindividualidad

El proyecto simondoniano puede ser definido por sus dos grandes obras: *La individuación a la luz de las nociones de forma y de información* (2015) y *El modo de existencia de los objetos técnicos* (2007). El primero de estos, realiza un ambicioso proyecto metafísico que toma como su centro la noción de individuo, buscando su definición y elaboración en diferentes niveles ontológicos, sea en lo físico, biológico, psíquico - colectivo. Lejos de entender al individuo en una teoría esencialista, ubica a la dimensión primordial del ser en la realidad de la relación, siendo el individuo aquello que pone en relación dos órdenes diversos entre sí. En su forma de concebir a la diversidad de órdenes ontológicos, el autor los explicará mediante el término “desfasaje”, estados metaestables los cuales se rompen para dar lugar a lo diverso; conjuntos preindividuales (montos energéticos) los cuales se precipitan para dar lugar al individuo. Por ejemplo, montos de tensión irresolutos en órdenes físicos dan lugar a soluciones novedosas dentro del régimen físico, dando lugar a la organicidad biológica. El trabajo realizado elabora una teoría unitaria del conocimiento, a partir de una serie de referencias al conocimiento científico de su época, tomando lugar en el corazón de la obra como fuente argumental y como interlocutores de su propuesta.

La segunda parte de la obra de este autor es discutir las características de los objetos técnicos, produciendo un extenso aparato teórico que busca reposicionar a los objetos técnicos como objeto del pensar filosófico. Esto implica el desarrollo de un aparato conceptual que tiene por objetivo develar la génesis de los mismos, y su condición de objetos dados a la evolución y transformación respecto a un medio asociado, volviendolos así parte de su teoría de la individuación, concibiendo a la individuación del objeto técnico como procesos de concretización de los mismos, pasando de grados de abstracción mayores a concretizaciones en relación a sus medios asociados. Este desarrollo de una teoría a la altura de los mismos objetos técnicos parte desde una diagnóstico sobre la situación de alienación de la técnica respecto a la cultura. La

posición tomada respecto de lo técnico en la cultura será, lo que el autor llama “un humanismo fácil”, es decir el repudio a la técnica como amenaza a la naturaleza humana.

Abordar el rol de la transindividualidad en la obra de Simondon no es una labor sencilla, no hay consenso sobre el primado o el lugar de la transindividualidad respecto a lo colectivo y a lo técnico. Volviendo a la problemática de abordaje sobre este concepto podemos encontrar por lo menos dos grandes lecturas: 1) aquella que refiere a lo transindividual como una facultad puramente humana que refiere a un movimiento afectivo (centrada en la lectura de ILFI, puntualmente en el capítulo sobre la individuación psíquica-colectiva) y 2) aquella que entiende a lo transindividual como un movimiento predominantemente técnico, mediado por la tecnología.

La transindividualidad en lo psíquico-colectivo

Ahora bien, el concepto que aquí nos convoca es el de lo transindividual, se ubica en los apartados sobre la individuación psíquica e individuación colectiva. Es de entender que a un nivel conceptual para Simondon la individuación psíquica y colectiva son parte de una misma individuación bifásica en la cual los montos de tensión irresoluta experimentados en la constitución del individuo psíquico se resuelven en lo colectivo

Heredia destaca el carácter radical del concepto de transindividualidad, que se posiciona en el seno del naciente campo de problemas sobre lo psico-social:

(...) una posición que, por un lado, recusa al subjetivismo y al inter-subjetivismo de raíz fenomenológica buscando construir una filosofía de la naturaleza; por otro, se distancia del estructuralismo naciente y de todo holismo sustancialista desde un horizonte ontogenético, pero sin resignarse a perder un concepto psicosocial global; finalmente, también escapa a la tentación de apelar a la noción de interacción como elemento omnicomprendivo y, por el contrario, busca fundamentar la realidad psíquico-colectiva más acá y más allá de cualquier relación interindividual. (2015, p. 444)

Y Combes agrega, en su lectura de Simondon, que el hecho de presentar a la individuación psíquica como par de la individuación colectiva es un medio crítico de superar la dicotomía individuo-sociedad; Simondon revela que la propia afectividad es la experiencia de un ser en la cual se percibe más que solamente individuo (2017, p. 65).

La individuación psíquico-colectiva es la extensión de la individuación vital, la cual se encargará de resolver la serie de tensiones que enfrenta la unidad somática en el medio: “El psiquismo está hecho de individuaciones sucesivas que permiten al ser resolver los estados problemáticos que corresponden a la permanente puesta en comunicación entre lo más grande y lo más pequeño que él” (Simondon, 2015, p.18). Es de relevancia tener en cuenta que la individuación colectiva no es completamente subsumible a un fenómeno vital, es decir, a una respuesta de la propia organicidad humana sino que se encuentra más próxima a la experiencia de la búsqueda de un otro como el único modo no patológico de encontrar resolución a la tensión experimentada en soledad.

Abordar el rol de la transindividualidad en la obra de Simondon no es una labor sencilla, no hay consenso sobre el primado o el lugar de la transindividualidad respecto a lo colectivo y a lo técnico. Volviendo a la problemática de abordaje sobre este concepto podemos encontrar por lo menos dos grandes lecturas: 1) aquella que refiere a lo transindividual como una facultad puramente humana que refiere a un movimiento afectivo (centrada en la lectura de ILFI, puntualmente en el capítulo sobre la individuación psíquica-colectiva) y 2) aquella que entiende a lo transindividual como un movimiento predominantemente técnico, mediado por la tecnología.

Para Simondon el ser humano posterior a la individuación vital, a pesar de tener en sí todos los caracteres somáticos y funcionales para una existencia independiente

necesita de una segunda individuación, distinta que aquella que vivencian otras especies gregarias; una que apunta a la individuación de humano como individuo de grupo (Simondon, 2015, pp. 382-383). El carácter somatopsíquico del humano es insuficiente, se nos revela como un estado inacabado en su adecuado desarrollo por el cual parece apuntar hacia la congregación. Es así que la individuación colectiva se presenta como una segunda individuación, necesaria para la plena realización del individuo; ésta operará como la reticularidad donde se inscribirá el sujeto para el necesario desarrollo de su personalidad.

Ahora bien, para Simondon ni la constitución de lo colectivo ni de la sociedad se produce por la suma de los individuos, ni tampoco es una sustancia que le antecede y es superpuesta a los individuos, esta es “la operación y la condición de operación por la cual se crea un modo de presencia más compleja que la presencia del ser individuado” (Simondon, 2015. pp. 372-373).

El autor, inicialmente define “lo social” en términos de grupos de pertenencia (in-group) y de exterioridad (out-group), los cuales se articulan con el individuo de la siguiente forma: Este primero, es aquello que marca la extensión de la personalidad social del individuo. Este in-group incluye aquello a lo cual reconocemos como grupo de pertenencia, aquello que incluimos como constitutiva de nuestra personalidad. El individuo se individua conforme a la reticularidad que establece en el seno de este grupo, que no es previo a sí, ni totalmente contemporáneo al mismo. El propio grupo se individua mediante el ingreso de nuevos sujetos, y estos además de sus cargas ya individuadas de personalidad transforman y son transformados por las operaciones de grupo. El coeficiente de dilatación del grupo interno es dado por la posición que toma el individuo, podemos abstraer de Simondon: entre la alienación, por ejemplo del criminal, el alienado mental, el infante (Simondon, 2015, p. 373) donde todo grupo es visto como out-group, y por otra parte una posición mesiánica, donde todo grupo puede componer parte de la interioridad del grupo propio, citando los ejemplos de Cristo y

San Francisco de Asís (Simondon, 2015, p. 374), en esta última posición lo que integra el grupo deja de excluir lo inhumano: “para San Francisco de Asís no solamente los hombres, sino también los mismos animales, formaban parte del in-group, del grupo de interioridad.” (Simondon, 2015, p. 374).

A partir de esto último, podemos pensar en un “ethos franciscano” de lo transindividual como establecimiento de lo social. El principal problema para poder plantear una transindividualidad interespecie pareciera partir de la faceta psíquica de la individuación psíquico-colectiva. Pero, es importante detenerse en el hecho de que para el autor no se construye una oposición entre lo humano y lo inhumano a partir de la capacidad psíquica o cognitiva, entre oposiciones de los individuos vitales e individuos psíquico-vitales; tal como lo señala Château (Simondon, 2008 pp. 23-24) y refiere Simondon (2014, p. 201 nota al pie 6), no se trata de una distinción radical excluyente entre pensantes y no pensantes, sino en umbrales cuantitativos, en que quizás lo vital también “piense a veces”, en la medida que se ve confrontado con tensiones frente al medio, que se encuentra a condiciones que empujen a la individuación. Resulta estéril continuar con este último punto sobre la vida interna de lo no-humano, salvo para dar un asidero a que puede haber una correspondencia en la constitución de un In- group inhumano.

Profundizando más en esta dimensión entre la relación de lo grupal e individual, vemos que lo social, entendido como la disposición y conjunto de grupos no es una sustancia, sino el sistema de relaciones que alimenta las propias relaciones (Simondon, 2015, p. 375). El grupo “está hecho de la superposición de las personalidades individuales, y no de su aglomeración; la aglomeración, organizada o inorgánica, supondría una visión tomada al nivel de las realidades somáticas, no de los conjuntos somatopsíquicos” (Simondon, 2015, p. 377). Esta superposición de personalidades juega un papel de estructura y de función auto-constitutiva. Tal superposición, es una individuación, la resolución de un conflicto. Esta personalidad psicosocial que se

conforma, es contemporánea a la génesis del grupo. Es entonces que el encuentro entre los potenciales preindividuales de varios individuos se encuentran que se produce la génesis del grupo. Lo que empuja a la génesis del grupo son los montos de tensión, lo irresoluto. Parece arbitraria esta distinción entre superposición y aglomeración, sin embargo consideramos que se basa en la idea de lo transindividual como la distinción con los vínculos interindividuales. “El grupo no es tampoco realidad interindividual, sino complemento de individuación a gran escala que reúne a una pluralidad de individuos.” (Simondon, 2015, p. 379) No hay preexistencia del grupo antes que el individuo, es la intermediación de un proceso de individuación mucho más amplio donde la relación tiene valor de operación, como antes se definió sobre la existencia real de relación.

La interindividualidad implica una representación del otro en tanto “personaje funcional para el otro” (Simondon, 2015, p. 356). La relación transindividual se debe dar por sobre lo interindividual, se debe superar la “modalidad funcional de la relación con el otro” (Combes, 2017, p.73); suspendida esta concepción del otro en términos de funcionalidad social, se nos aparece en tanto más que individuo. Este modo de relación que se establece en y produciendo lo grupal es lo transindividual, apela a la realidad no determinada aún en el individuo, superando su condición de individuo constituido.

Definición y problemas de lo transindividual

El autor ubica a lo Transindividual como aquello que está “por encima de esas relaciones biológicas, biológico-sociales e interindividuales, existe otro nivel que se podría llamar nivel de lo transindividual: es el que corresponde a los grupos de interioridad, a una individuación de grupo” (Simondon, 2015, p. 384); es decir en un plano distinto a los “estratos” mencionados. Por oposición a lo interindividual, siendo este último aquello que va de individuo a individuo sin apelar a su interioridad, “sin

penetrarlos” (Simondon, 2015, p. 384). Refiriendo a un modo funcional de relacionamiento que se sedimenta en los caracteres ya individuados. Como elemento funcional, la acción transindividual puede ser entendida como: “la que hace que los individuos existan juntos como elementos de un sistema que comporta potenciales y metaestabilidad, expectativa y tensión, luego descubrimiento de una estructura y de una organización funcional que integran y resuelven esta problemática de inmanencia incorporada” (Simondon, 2015, pp. 384-385).

Lo transindividual, a diferencia de una labor interindividual como puede ser el trabajo constituye una individuación en el interior del individuo, ya que para la constitución de lo grupal es necesaria una apelación a su personalidad en el solapamiento de individuos que componen lo grupal. Encontramos otro matiz en la expresión de “solapamiento”: la operación que a partir de una serie de potenciales preindividuales reservados en los individuos da lugar a una nueva estructura. Siendo a partir de esto último que se entiende que lo interindividual no da lugar a lo novedoso en su encuentro con el otro. Como así lo expresa el filósofo: “Lo transindividual no localiza a los individuos: Los hace coincidir; hace comunicar a los individuos a través de las significaciones: *las relaciones de información son las primordiales, no las relaciones de solidaridad y de diferenciación funcionales.*” (Cursivas propias) (Simondon, 2015, p. 385).

Ahora bien, pareciera entonces que lo transindividual responde la pregunta de por qué somos gregarios, en los términos ya presentados pareciera referir a una suerte de impulso, heredero de una tradición del pensamiento vitalista, una inmanencia a los individuos humanos. Pero debemos atenernos a que la fuente de la que “emana” tal impulso es el preindividual restante no asimilado de la individuación vital, es decir pre-vital: “No es de origen social ni de origen individual; es depositada en el individuo, llevada por él, pero no le pertenece ni forma parte de su sistema de ser como individuo” (Simondon, 2015, pp. 385-386). Y hacia aquello que apunta es a la

realización de lo distinto, de alguna forma de lo distinto mediante el establecimiento de una relación constitutiva (Penas López, 2014).

Es así que con propiedad no podemos decir entonces que el individuo conforma grupo, ya que aquello que lo mueve para realizarlo es un monto de preindividual; monto no estructurado que todos poseen para poder integrar tal individuación. Ya que es aquello que permite no solo la comunicación y el encuentro frente a un otro, es aquello que permite “una común estructuración de los seres” (Simondon, 2015, pp. 386), la posibilidad de devenir en común.

La experiencia de lo transindividual se muestra al interior del individuo antes que todo:

A partir de este sentimiento primero de presencia posible, se desarrolla la búsqueda de esa segunda consumación del ser que lo transindividual le manifiesta al estructurar esa realidad transportada por el individuo al mismo tiempo que otras realidades semejantes y mediante ellas (...) lo transindividual es aquello que está tanto en el exterior del individuo como dentro suyo; de hecho, lo transindividual, al no estar estructurado, atraviesa el individuo; no está en relación topológica con él; inmanencia o trascendencia solo pueden decirse en relación a la realidad individuada; existe una anterioridad de lo transindividualidad respecto de lo individual que impide definir una relación de trascendencia o de inmanencia; lo transindividual y lo individuado no pertenecen a la misma fase del ser: existe coexistencia de dos fases de ser, como el agua amorfa de un cristal. (Simondon, 2015, p. 387)

La idea central en esta cita, es resaltar la diferencia topológica entre transindividualidad e individualidad: si bien lo transindividual atraviesa lo individuado, no es reductible a este. Ambas coexisten, pero sus límites no se encuentran en concordancia total pues lo transindividual antecede y excede a lo individuado, coexisten sin coincidir totalmente. Esta (la transindividualidad), como refiere la cita moviliza una serie de elementos mucho más amplios que los meros individuos, es la constitución de aquello que nos

excede en nuestra individualidad estabilizada es “contacto posible más allá de los límites del individuo” (Simondon, 2015, p.386).

Emoción y transindividualidad

A lo largo de lo anterior expuesto se mencionó sobre el lugar de la emocionalidad en la transindividualidad, ahora profundizaremos sobre esto. Combes destaca a la experiencia de resolución de lo preindividual-emocional mediante lo transindividual como “misterio”, puesto que la emocionalidad experimentada en sí misma a la interioridad del sujeto se conforma como angustia, es decir, como

La emoción manifiesta en el ser individuado la remanencia de lo pre-individual; es ese potencial real que, en el seno de lo indeterminado natural, suscita en el sujeto la relación en el seno de lo colectivo que se instituye; hay colectivo en la medida en que la emoción se estructura (...) (Simondon, 2015, p. 400).

y agrega que la emocionalidad como preindividual solo encuentra resolución en lo colectivo; esta remite tanto a la interioridad como a la exterioridad, puesto que como preindividual no pertenece al individuo.

La emoción como preindividual solo cobra significación como movimiento hacia una nueva individuación en el propio seno de lo colectivo, donde cobra valor de estructuración; estando el individuo aislado, ésta no cobra mayor significación que la de angustia o desorganización como refiere el famoso pasaje de la individuación sobre la angustia: emoción sin acción, resolución de lo preindividual afectivo en el propio individuo eludiendo el pasaje por lo colectivo (Simondon, 2015). El preindividual que empuja a lo transindividual es la emoción ¿Lo transformador de lo transindividual en el individuo es la emocionalidad? La emoción cobra el valor de intermediario, de μεταξύ³ dirá Simondon, entre los términos de lo psicológico y lo social. Combes recupera el sentido de lo afectivo

³ Metaxu

como aquello que pone en relación un orden interno (lo psíquico) y externo (lo colectivo) (Combes, 2017). Siendo que, para esta autora, la emocionalidad siempre ha de apuntar a la estructuración en la transindividualidad. Lo emocional es el germen estructural de conformación de lo colectivo, siendo entonces que la emocionalidad y lo colectivo serán ambos a la vez tanto lo más íntimo a los sujetos como lo exterior a sí mismos. Distinguiendo así dos dimensiones de lo transindividual: la subjetiva “prepersonal y común” (Combes, 2017, p.87), mientras lo transindividual objetivo es la operación mediante la cual esas partes de “común” se estructuran colectivamente en una realidad objetiva y externa. Y concluye la autora “lo transindividual en suma no nombra más que eso: una zona impersonal de los sujetos que es simultáneamente una dimensión molecular o íntima de lo colectivo mismo” (Combes, 2017, p.92), destacando el carácter extimio, recuperando el neologismo lacaniano, de la transindividualidad, lo más próximo al sujeto y, a su vez, externo a sí.

Transindividualidad y tecnicidad

Como ya antes hemos mencionado, el problema de la transindividualidad cobra otro matiz en la obra de Simondon en “El modo de existencia de los objetos técnicos” (2007). En la mencionada investigación aborda el problema sobre el lugar de la tecnicidad y los objetos técnicos, centrándonos aquí en el lugar que se le atribuye a los objetos técnicos en la relación transindividual humana.

El abordaje que realiza Simondon de la transindividualidad en este texto no es una continuación ni clara ni directa de lo trabajado en su tesis principal sobre la individuación, de tal manera, que hay quienes señalan ciertas parquedades en el abordaje conjunto de estas obras. A razón de esto, nos centraremos en exponer algunos de los sentidos que podemos reconstruir a partir de lo trabajado por el filósofo para posteriormente ubicar un sentido común entre lo anteriormente expuesto por nosotros en el apartado previo. Ejemplo de la anterior divergencia es la siguiente:

(...) la actividad técnica no forma parte ni del dominio social puro ni del dominio psíquico puro. Es el modelo de la relación colectiva, que no puede ser confundida con uno de los dominios precedentes; *no es el único modo ni el único contenido de lo colectivo, sino que es lo colectivo* y, en ciertos casos, es alrededor de la actividad técnica como puede nacer el grupo colectivo (Simondon, 2007, p. 260).

En este punto atribuye un rol paradigmático o ejemplar para la individuación colectiva a partir de la actividad técnica. Más adelante, el autor señala que la constitución de lo técnico es una forma de mediación entre naturaleza (entendida por nosotros como mundo no-humano) y humanidad, contraponiendo a la interindividualidad del vínculo humano. El surgimiento de este, permite la inserción de la realidad humana en el “mundo de las causas y de los efectos naturales” (Simondon, 2007, p. 261). La actividad técnica (y colectiva, podemos agregar) es lo que permite la intervención y puesta en diálogo con los órdenes no-humanos, formas de la delegación y mediación. Siendo más, el objeto técnico, a su vez conjuga la naturaleza (entendida como lo no-humano) y lo humano en su concretización: “El objeto técnico, pensado y construido por el hombre, no se limita sólo a crear una mediación entre hombre y naturaleza; es una mezcla estable de humano y de natural, contiene algo de lo humano y algo de lo natural” (Simondon, 2007, p. 261). La propia existencia del objeto técnico nos refiere a una forma intermedia entre lo natural y la humanidad.

Podemos identificar por lo menos dos matices sobre la comprensión de la transindividualidad en esta obra: 1) Lo técnico como un encuentro y producción de vínculos entre individuos sostenidos en la invención, los actos de resolución de las problemáticas mediante la creación y 2) una forma de aproximación al objeto técnico, tal aproximación implica la superación de una posición centrada en su funcionalidad. Estos dos sentidos, por supuesto, no son excluyentes entre sí, es una distinción analítica

para una mejor comprensión de lo que, intuimos, guarda una cierta bidireccionalidad sobre la transindividualidad técnica.

Lo técnico como producción de relaciones interhumanos y la adecuada comprensión del objeto técnico

La primera de estas formas de abordar a la transindividualidad técnica es en referencia al objeto técnico como soporte de la transindividualidad: “Por intermedio del objeto técnico se crea entonces una relación interhumana que es el modelo de la transindividualidad.” (Simondon, 2007, p. 263) Sostiene la posición en la cual el objeto técnico es el soporte de lo común, lo que establece un ordenamiento de la intersubjetividad en un carácter transindividual. Aquello que se ensambla de los individuos componentes, no es el individuo, sino el sujeto inventor, aquello que excede al individuo y es el resultado del encuentro de los preindividuales: “En la medida en que llegará a hacer existir esta realidad individual colectiva, que denominamos transindividual, porque crea un acoplamiento entre las capacidades inventivas y organizativas de varios sujetos.” (Simondon, 2007 p. 268). Ya antes definimos funcionalmente a la transindividualidad en ILFI como aquello que pone en relación los preindividuales de los sujetos, aquí este preindividual puesto en relación es la propia capacidad inventiva, una función de coordinación y puesta común. A continuación de lo antes citado agrega: “Hay una relación de causalidad y condicionamiento recíproco entre la existencia de objetos técnicos netos, no alienados, utilizados según un estatuto que no aliena, y la constitución de esta relación transindividual” (Simondon, 2007 p. 268). Objetos técnicos, especificando, en una condición de no alienación tienen la capacidad de causalidad y condicionamiento recíproca al dominio de lo humano. Vuelven a repetirse los ecos de esta idea que figura en ILFI sobre la distinción entre interindividualidad y transindividualidad. En la mencionada distinción, la primera refiere a un ver al otro en términos de su funcionalidad social, siendo el ejemplo paradigmático el trabajo, o de cualquier orden de la utilidad, la cual debe ser superada para el encuentro transindividual, estructura la cual se repite sobre el objeto técnico:

relación de utilidad, basada en la individualidad, es contrapuesta por una relación no-utilitaria, fundada en lo preindividual ontogenético.

Por otra parte, el concepto de transindividualidad técnica, refiere a un marco cultural donde se pueda tener una relación significativa al objeto técnico. Toda la cuestión de la transformación cultural denunciada por Simondon: “Para que una información pueda ser intercambiada, es necesario que el hombre posea en sí una cultura técnica, es decir, un conjunto de formas que, al encontrarse con las formas aportadas por la máquina, pueda suscitar una significación.” (Simondon, 2007, p. 268) Una relación significativa en el caso de los objetos técnicos requiere un marco cultural que pueda alojar la significación de determinados objetos. A su vez, el filósofo agrega que “Solo se puede instituir en la medida en que llegara a hacer existir esta realidad interindividual colectiva, que denominamos transindividual, porque crea un acoplamiento entre las capacidades inventivas y organizativas de varios sujetos.” (Simondon, 2007, p.268)

El autor señala una repartición asimétrica sobre el lugar que corresponde a la técnica en la cultura, dejándole una condición de segregación a la misma respecto a los valores culturales, una infravaloración que la ubica meramente en un sentido de utilidad y explotación. Este distanciamiento de lo técnico parte de la negligencia de olvidar que lo técnico también guarda en sí el gesto humano cristalizado, tanto como lo poseen las obras artísticas y culturales. Implica esto una reducción de lo técnico a la condición de utilidad por parte de la cultura. La cultura ha tomado dos posiciones frente a lo técnico: tomarlas como “un puro ensamblaje de materia”, la ya mencionada reducción a su utilidad (Simondon, 2007, p. 32); o por otra parte entenderla como animada por intenciones destructoras de lo humano, un espíritu de insurrección latente; concepción de la que ha bebido la ciencia ficción ampliamente. Ambas posiciones denotan o bien segregación, o total temor y rechazo. El rol del humano frente a las máquinas, dice Simondon, por medio de una curiosa metáfora es el de un director frente a su orquesta;

el de ser quien las dirige (Simondon, 2007 p.33). En esta idea, el autor se cuida de referir a un estatuto de ordenanza y servidumbre entre humanos y máquinas, sino que apunta a la necesidad mutua. El hombre está entre las máquinas, el uno sin el otro carecen de sentido, siendo más que podemos referirnos sobre la indeterminación de las máquinas como la posibilidad de desplegar su sensibilidad a nueva información exterior. El perfeccionamiento del conjunto técnico no radica en su automatización, sino en la capacidad de la máquina para mantener ciertos niveles de apertura e indeterminación. Esto último implica la necesidad del humano como “como organizador permanente, como intérprete viviente de máquinas, unas en relación con otras” (Simondon, 2007, p. 33).

El objeto técnico puede ser tomado como portador de información definida, comprendido por el acto humano que encierra, o por otra parte puede ser meramente reducido a su utilidad. Si se toma la primera de estas posiciones frente al objeto, se revela la “información pura”, esta es “(...) Lo que se conoce en el objeto técnico es la forma, cristalización material de un esquema operativo y de un pensamiento que resolvió un problema” (Simondon, 2007, p. 263). La recepción de esta información necesita de un sujeto que posea en sí modos de acceso a esta tecnicidad (formas técnicas en él). En este modo de aproximación al objeto técnico se encuentra la idea de que este es el soporte de la relación transindividual, la cual en referencia al objeto, implica una superación de la alienación del objeto como simple utilidad, sino como información pura y comunicación entre sujetos. Dirá Heredia que es entonces que los objetos técnicos

no son simples realidades individuadas porque se les aborda desde el punto de vista cibernético, es decir, como realidades comunicativas, y porque, en tanto median la relación con las generaciones pasadas, la naturaleza y el mundo, **las técnicas constituyen una red transindividuada que acondiciona el medio de existencia y que, como tal, opera como factor individuante de los sujetos** (Heredia, 2015, p.458) (Negritas propias).

La propia red técnica ya se encuentra bajo el régimen de la transindividualidad, en la medida a que es el resultado emergente del encuentro de los sujetos técnicos, y que realiza un puesta en relación entre mundo, sujetos y el propio sistema técnico en sí. Agregamos a esto que implica una operación entre las partes integrantes, es decir, una modificación. Es entonces que el proyecto cultural de Simondon revela no sólo un diagnóstico de la situación contemporánea, sino también la propia condición bajo la cual se dará lugar a la transindividualidad de cara al objeto técnico, pues podrá permitir una aproximación desalienante entre el objeto técnico y el individuo humano.

Agencia y traducción en la Teoría del Actor-Red

Es ahora que, a través de lo antes expuesto sobre la transindividualidad y, posteriormente sobre la transindividualidad técnica, que podemos encontrar pertinente arrojarnos a pensar una relación con la TAR que permita profundizar estos aspectos que destacamos sobre el carácter reticular de la transindividualidad y su condición de producción de lo novedoso mediante el establecimiento de relaciones.

La expresión Actor-Red es típicamente referida por Latour en el marco de su TAR, en esta se define al actor no como un individuo ni como el centro de la agencia: “no es la fuente de una acción sino el blanco móvil de una enorme cantidad de entidades que convergen hacia él” (Latour, 2005, p. 73). La idea de actor se refiere a la dificultad para determinar quién o qué entra en acto cuando algo o alguien actúa. Casi tautológicamente podemos definir que un actor es aquello que actúa, pero teniendo en cuenta que el problema de la acción o la agencia tiene en esta teoría una vuelta de tuerca: “(...) dirige nuestra atención a una dislocación total de la acción, alertándonos de que no se trata de un asunto coherente, controlado, bien definido y con bordes claros. Por definición, la acción es dislocada. La acción es tomada prestada, distribuida, sugerida, influida, dominada, traicionada, traducida.” (Latour, 2005, p.74).

Seguido de esta redefinición de actor, se continúa con el cuestionamiento mencionado anteriormente, de quiénes son los que pueden actuar. No solo los humanos, sino también los no-humanos. La capacidad de agencia de aquello que no está en el orden de lo propiamente humano es extensamente trabajado por Bennett (2022), quien captura el problema conceptual y práctico que implica hablar de la agencia en lo inanimado, aquello que vehiculiza este poder de acción radica en la capacidad de ensamble. Para Latour esta idea de la “agencia distributiva” es conceptualizada y descrita por medio de ciertos modos en los cuales los actores se articulan entre sí como intermediarios o mediadores: Intermediario es “lo que transporta significado o fuerza sin transformación: definir sus datos de entrada basta para definir sus datos de salida. (...) puede considerarse no solo una caja negra sino también una caja negra que funciona como una unidad, aunque internamente esté compuesta de muchas partes” (Latour, 2005 p. 63) y los mediadores: “no pueden considerarse sólo uno; pueden funcionar como uno, nada, varios o infinito. Sus datos de entrada nunca predicen sus datos de salida; su especificidad debe tomarse en cuenta cada vez” y agrega “transforman, traducen, distorsionan y modifican el significado o los elementos que se suponen que deben transportar” (Latour, 2005, p. 63).

La capacidad de agencia de estos actores puede ser pensada como “programas de acción” (Latour, 2001), si bien en este sentido puede aparentar caer en un preponderancia de la agencia humana en la realización del proyecto, Latour se detiene precisamente en este punto para realizar una crítica a dos posiciones contrapuestas a estas: la posición materialista y la postura sociológica. La primera de estas se puede resumir obtusamente como “la agencia se explica solamente por la serie de componentes materiales del hecho”; la posición sociológica se puede resumir por otra parte como “los hechos solo pueden ser explicados en términos de significados y acciones humanas” (el propio Latour entiende que estas definiciones no son más que exageraciones a fines argumentativos sobre posiciones epistémicas y ontológicas

mucho más complejas). Se puede plantear la presente postura como una forma de “construccionismo materialista”: la ejecución de un programa de acción no solo es posible por medio de una serie de actores no-humanos, sino que es “negociado” con estos para su realización, es condicionado por ellos para su realización.

Graham Harman realiza un interesante comentario sobre la relación entre humanos y no-humanos: “De aquí surge la tesis ontológica tácita de Latour: toda entidad se encuentra, a la vez, esclavizada en un sistema de significado cultural-funcional o perspectival y también en posesión de una realidad innegable de la que la vida humana permanece rehén.” (Harman, 2015, p.57) La agencia, las condiciones de posibilidad de existencia humana están siempre enmarcadas en la negociación con conjuntos heterogéneos de actores, estos se ven transformados por la movilización humana, los no-humanos se encuentran inscritos en un sistema de significación, pero también son parte del móvil que permite la acción y la propia realización del mismo sistema de significación-funcional.

Ya antes nos referimos a las ideas de Latour y Simondon como parte de una “ontología relacional” (Debaise, 2004), a partir de la noción de “actor-red” y “agencia distributiva” podemos plantear las bases para continuar precisando algunas particularidades de su propuesta ontológica: Latour (2001) realiza una forma de organización ontológica bajo los términos de “programas y subprogramas” , modos de relación entre elementos componentes en pos de alcanzar objetivos. De esta misma línea se desprende un modo crítico de concebir el problema de la identidad: aquello que se nos aparece como unitario y simple, es parte del proceso de institucionalización de los programas. La fortaleza de estas instituciones es mediante consistencia de un programa, la capacidad de adhesión y mantenimiento de los elementos que lo componen a lo largo del tiempo así como de la capacidad de enrolamiento de más elementos. Tal como refiere el mismo Latour: “La longitud de las asociaciones y la estabilidad de las conexiones a través de diversas sustituciones y cambios de

perspectiva son los mayores responsables de lo que llamamos existencia y realidad” (2001, p. 193).

Otro de los puntos principales que se desprende de la labor investigativa de la TAR es producir una crítica de la idea de “lo social”. Monterroza (2017) es claro en este punto “La ANT intenta mostrar que «lo social» no es lo que explica una asociación, sino que dicha asociación debe ser explicada. «Lo social» indica el ensamblaje ya configurado más no es lo que mantiene dicha asociación.” (p.53). Interrogar a que nos referimos cuando hablamos sobre “lo social”, al referir que esto tenga alguna forma de causalidad por sí mismo. Para dismantelar esta concepción realizará una “apertura de las cajas negras” donde parece haber una causalidad directa y simple de la agencia humana, este reconoce una diversidad de elementos componentes y actantes. Pasar de lo social como explicación del estado de cosas a buscar explicar porque lo social se mantiene unido, llamar la atención sobre los medios necesarios para sostener los grupos (Latour, 2005 p.58) contra la tendencia “inercial de lo social”, siendo esto la creencia que en lo social ya se encuentran explicados los fenómenos, tales como la emergencia de los hechos sociales.

Parte de este aparato crítico, se ve incluido dentro del llamado “principios de simetría generalizada”. Este concepto/principio metodológico puede ser rastreado hasta los estudios sociológicos de la ciencia, surgiendo como respuesta desde el “programa fuerte” a ciertas concepciones explicativas de la ciencia, en las cuales la inclusión de lo social dentro de la ciencia, se realizaba para explicar los errores y falsedades. El primer paso en el desarrollo del “principio de simetría” como “principio de imparcialidad” es entonces el avance sobre un principio explicativo de la ciencia que abarque tanto al error como la propia veracidad de la ciencia, por medio de lo social como factor *explanans*. Este avance da lugar a la crítica sobre la profundización de la dicotomía Naturaleza/Sociedad, ya que atribuye cierta exterioridad trascendental a lo social como factor explicativo, desde esta perspectiva lo social no tiene explicación. Y aparta a la

Naturaleza como factor explicativo. Este siguiente paso insta una simetrización entre Natural/Social, proponiendo usar el mismo aparato descriptivo sea para referirnos a un dominio o el otro. La radicalización del mismo principio encuentra su forma, según Domènech (1998), en la apuesta por la heterogeneidad de un razonamiento bajo principios de semiótica:

Dualismos como los arriba mencionados, pasan de ejes articuladores de cualquier razonamiento sobre el mundo que nos rodea a meros efectos o productos, y pierden su papel de parámetros inmutables e indiscutibles en el orden de las cosas. Radicalizar el principio de simetría sobre el telón de fondo de la semiótica, implica conceptualizar las entidades sociales y naturales que pueblan nuestra vieja realidad como construcciones, como producciones o emergencias de redes heterogéneas, de entramados compuestos por materiales diversos cuya principal característica es precisamente esta heterogeneidad que se da entre ellos. (p. 25)

Lo antes abordado es trabajado por Latour (2007) bajo la crítica a la “constitución moderna”, concepción moderna bajo la cual se pretende separar lo social y lo natural en partes irreconciliables, atribuyéndose a un conjunto o el otro facultades explicativas y causales radicales. Mientras, bajo la perspectiva de esta tradición, el mundo se compone de actores híbridos, de redes, donde los actores son nodos emergentes de las mismas. Así como lo plantean radicalmente Law y Mol (1995):

Los elementos no existen por ellos mismos. Estos están constituidos en las redes de las que forman parte. Objetos, entidades, actores, procesos — todos son efectos semióticos: nodos de una red que no son más que conjuntos de relaciones; o conjuntos de relaciones entre relaciones. Empújese la lógica un paso más allá: los materiales están constituidos interactivamente; fuera de sus interacciones no tienen existencia, no tienen realidad. Máquinas, gente, instituciones sociales, el mundo natural, lo divino — todo es un efecto o un producto. (p. 277)

Por otra parte, podemos establecer una proximidad y diálogo entre estos autores respecto a las nociones de traducción y operación. El concepto de traducción es definido como “desplazamiento, deriva, invención o mediación: la creación de un lazo que no existía con anterioridad y que en cierta medida modifica a los dos iniciales”

(Latour, 2001, p. 214). Correa afirmara sobre la misma “Esta operativa estabilizará o desestabilizará a las entidades, posibilitando futuras conexiones. (...) La noción de traducción, a la vez, expresa una simetría entre los microprocesos (...)” (2012, p. 63-64). La traducción/mediación refiere entonces a la puesta en relación y a su vez, transformación de actores diversos. Podemos detenernos, a su vez en la idea de “microprocesos”, entendiendolos como la realización de procesos a la interna de los segmentos de red que componen a la red de actores. La microprocesualidad puede servirnos como asidero para una metafísica de la relación de una granularidad más fina en Latour.

Sobre la mediación Correa dará otra acepción, a la ya antes mencionada:

Será el acontecimiento el complejo indeterminado de circunstancias que habiliten posibles conexiones de actantes, a la vez que la exaltación de la indeterminación de lo colectivo. Aquello que se muestra estable, puro y seguro, puede aparecerse en un instante como lo que es o puede llegar a ser, una serie indeterminada de conexiones, de entidades híbridas, que comprimen el tiempo y el espacio, que conjugan metas y objetivos, composiciones materiales, semióticas y sociales.” (2012, p.73)

“La segunda naturaleza” como operación reticular

Ya presentados algunos aspectos básicos sobre la TAR, ensayaremos algunos puntos de encuentro entre esta y lo ya abordado sobre la transindividualidad. poner en perspectiva la TAR y la obra simondoniana, abre la posibilidad de problematizar y ampliar la transindividualidad a elementos no contemplados, así como una complejización productiva de este dominio de la obra de Simondon.

Podemos establecer el nexo desde Simondon entre traducción y los conceptos de operación y modulación, los cuales figuran en “La Allagmatica” (Simondon, 2015, pp. 469-480). En este texto, el autor define como objetivo teórico último de la Allagmatica (es decir, la ciencia de las operaciones) alcanzar la definición más simple de operación

posible. Para esto comienza definiendo tres conceptos fundamentales: la misma operación, estructura y acto. La estructura es el resultado de una construcción, entendemos por lo abordado en este texto que es un momento de detención del proceso, de constitución y meta-estabilidad. La operación como lo que hace aparecer una estructura o lo que la modifica: “la operación es el complemento ontológico de la estructura y la estructura es el complemento ontológico de la operación.” (Simondon, 2015, p. 470). Y por último el acto, sucintamente como aquello que abarca tanto a la operación como a la estructura. Por otra parte, “La modulación es aplicar una estructura a una operación, por el intermediario de un estado que es la *μεταξύ* de la operación y de la estructura, a saber la energía.” (Simondon, 2015, p. 472-473). El *μεταξύ* puede ser definido, directamente como la mediación, o lo intermedio, entre estructuras y su devenir, por medio de la operación: “El acto de modulación es la puesta en relación de la operación y de la estructura, a través de un conjunto activo llamado modulador” (Simondon, 2015, p. 473).

La operación refiere entonces a lo intermedio entre dos estructuras, aquello que es y produce la modulación. Imagen ésta, que nos puede remitir a la triada del proceso deleuziano territorio-desterritorialización-reterritorialización. Es en este punto que mediación y operación encuentran fuertes puntos de encuentro: “la operación es un *μεταξύ* entre dos estructuras y es sin embargo de una naturaleza distinta que toda estructura” (Simondon, 2015, pág. 472).

Entendemos a la transindividualidad como sistema de relaciones, y a partir de Correa (2012) agregamos que la propia puesta en relación de los actores en la mediación, implica “el proceso por el cual una entidad se combina con otra, modificándose en el propio acto de encuentro, posibilitando la emergencia de una nueva entidad.” (pp.63-64). La puesta en relación de los individuos-actores no les mantiene indemnes, remarca la condición de generación de lo novedoso. Es así pensada la transindividualidad como una operación en la cual se define como proceso de

negociación entre los individuos, dando resultado la emergencia de lo novedoso entre los términos. La reticularidad establecida por los individuos de diversas índoles (técnicos, vitales, psíquicos-colectivos, etc.) realiza un efecto de modulación sobre estos: refiriéndonos aquí a la constitución de una “segunda naturaleza” de los individuos, una alteración de los mismos a partir de su relacionamiento. La fuerza de esto, radica en que aquello que se pone en relación son los individuos metaestabilizados, y no solamente magnitudes o medios antes separados a partir de un individuo, dando lugar a una continuación de la individuación a partir de lo relacional.

Podemos rastrear en la obra de Simondon ciertos pasajes que nos permiten vislumbrar esta idea sobre la constitución relacional de los individuos como mediaciones operacionales a través de la reticularidad, es decir, el establecimiento de “una segunda naturaleza” de los individuos por medio de sus relaciones. Esto no es producido mediante la individuación propia de lo viviente, sino por la manipulación mediante dos vías técnicas, el cultivo y la crianza: “las técnicas de cultivo actúan más bien sobre el medio, es decir, sobre las fuentes energéticas puestas a disposición de la planta en el transcurso de su desarrollo, más que sobre la planta misma en tanto que individuo viviente;”. Y agrega: “La crianza del animal, particularmente cuando se acompaña de algún adiestramiento, supone, por el contrario, una acción sobre lo viviente, acción que puede ser una privación de libertad o una disminución fisiológica mutilante.” (Simondon, 2015, p. 20). Y sobre el propio humano: “el hombre actúa sobre su medio, al que explota, transforma, dispone; en este caso, el hombre no actúa sobre él mismo sino pasando a través de esa carga que es el medio mismo.” (Simondon, 2015, p.21).

En estos pasajes citados podemos identificar ciertos puntos de gran interés para poder plantear este diálogo sobre la transindividualidad. Simondon está refiriendo explícitamente a la interacción entre dos regímenes de la individuación heterogéneos afectando y componiendo una segunda naturaleza: la reticularidad técnica, se encuentra

componiendo una nueva naturaleza sobre lo vital y lo psíquico-colectivo. Punto de gran fuerza que nos plantea un diálogo entre ambos autores. Nos permite suponer no sólo la posibilidad del establecimiento de relaciones transindividuales con lo no-humano, sino también pensar en la transindividualidad como transversal a los dominios de la individuación, más que algo únicamente humano de lo psíquico-colectivo.

Desde nuestra perspectiva, implica la horizontalización de los regímenes de la individuación: la diversidad ontológica (física, vital, psíquico-colectiva, técnica), se encuentra horizontalizadas como red, por una operación posterior a la individuación de sus actores, la cual es la transindividualidad. Este proceso, como hemos definido hacia el final, es la constitución de una segunda naturaleza producto de sus relaciones transformadoras. Por ejemplo, la emocionalidad se ve constituida y expresada por lo técnico. Los modos de resolución de la tensión emocional, planteadas por Simondon, la experiencia de la búsqueda del otro, en la contemporaneidad se encuentran mediatizada y posibilitadas por la virtualización: no discurren lo técnico y lo afectivo separadamente, se encuentran mutuamente afectadas. Lo técnico puede ser pensado como modulador, una intermediación que traduce la misma forma de la expresión y constitución de lo colectivo. Este dominio de problemas, crea nuevas preguntas a la obra simondoniana tales como la interacción de órdenes ontológicos diversos (problema de algún modo, ya clásico en la filosofía, como lo es el del dualismo). Pero que, en este caso, puede referir a la interacción de los diversos regímenes de la individuación.

Conclusiones

Hemos sintetizado a lo de este ensayo una idea de transindividual en ILFI como el empuje a la constitución de una realidad más allá de la individual, a partir del movimiento de lo preindividual como establecimiento de relaciones constitutivas que superan la condición de funcionalidad del otro, sino que apelan a la posibilidad de

devenir en común de lo distinto. Desplazamiento necesario para la resolución de la tensión emocional que experimenta el ser biológico. Por otra parte, en MEOT identificamos una acepción de la transindividualidad que no solo se encuentra vinculada a la conformación de lo colectivo, o un modo de resolución de la tensión preindividual entre humanos, sino como el encuentro de los sujetos inventivos que no coinciden exactamente con lo individuado y, por otra parte, la inscripción del sujeto en el universo de significaciones encerrado en la reticularidad técnica que conecta mundo - técnica - humanos. Este modo de aproximación, en el cual el objeto técnico se revela como poseedor de información solo puede alcanzarse mediante un reajuste de la cultura, que permita establecer estos procesos informacionales, es decir, modos comprensión de aproximación a lo técnico.

En el texto “Cultura y Técnica” (2015), Simondon plantea modos de relación entre distintos regímenes de la individuación que producen “segundas naturalezas” a partir de los individuos ya constituidos, sea la crianza o el cultivo, ambos implicando la puesta en relación con la reticularidad técnica. Consideramos que en este punto se aproxima a la propuesta de Bruno Latour sobre la teoría del actor-red: refiriéndonos a una teoría de la constitución de una segunda individuación a partir de los individuos constituidos por medio de la relación al universo reticular técnico. La propuesta teórica de la TAR aporta visibilidad sobre la capacidad productiva y transformativa de las relaciones entre los individuos. Ya que, en la obra de Simondon, como hemos recapitulado hasta ahora, exceptuando por la transindividualidad, esto parece encontrarse ausente, y en el caso de esta última se encuentra centrada en la capacidad de establecer relaciones entre humanos y con los objetos técnicos. A través de la simetría radical abrimos la posibilidad de pensar en la obra de Simondon un sentido extendido de las relaciones transformativas, que busca incluir a individuos de órdenes diversos en interacción entre sí. A su vez, frente a una lectura de la transindividualidad como resolución de la tensión emocional, podemos integrar a la lectura técnica de la misma (transindividualidad) desde la TAR podemos señalar la presencia híbrida de actores en los actos de resolución

de la tensión psíquica ¿Cuántos objetos técnicos participan de la constitución de lo común?

La dinámica de la transindividualidad como segunda forma de la individuación de lo viviente, es comprensible, más allá de lo psico-social, por medio de lo aportado por la teoría del actor red: una teoría de la transformación de los individuos, indistintamente de sus pertenencia a dominios específicos de la individuación (físico, biológico, psíquico, técnico). Lo que empuja a la transindividualidad es la resolución de la tensión, aquella que da origen a cambios significativos por medio del encuentro entre individuos diversos. Ferreira (2017) alude en Simondon sobre una acción-red como efecto asociativo de un encuentro que da lugar a una interferencia creadora.

Concluyendo, hemos arribado a pensar a la transindividualidad como sistema de operaciones transformadoras de los individuos a partir de la puesta en relación de términos heterogéneos; modulaciones particulares entre individuos que dan lugar a nuevas formas de estos. El abordaje de este concepto extiende la teoría relacional simondoniana, ya no refiriéndose tan sólo a la constitución de individuos por medio de la puesta en relación de dos medios en tensión, sino la constitución y transformación de los individuos ya constituidos.

Bibliografía

- Barthélémy, J.-H., & Bontems, V. (2008). Philosophie de la nature et artefact. *Appareil*, 1, Article 1. <https://doi.org/10.4000/appareil.72>
- Bencherki, N. (2018). La théorie de l'acteur-réseau entre Latour et Simondon. *Symposium: Canadian Journal of Continental Philosophy*, 22(2), Article 2. <https://doi.org/10.5840/symposium201822217>
- Bennet, J. (2022). *Materia Vibrante: Una Ecología Política De Las Cosas*. Caja negra.
- Calazans, V. (2023). Ontology of Technique in Bruno Latour's Thought: On the Mode of Existence and Non-Human Actors. *Transversal: International Journal for the Historiography of Science*, 14, Article 14. <https://doi.org/10.24117/2526-2270.2023.i14.02>
- Combes, M. (2017) *Simondon: una filosofía de lo transindividual*. Cactus.
- Correa Moreira, G. (2012). El concepto de mediación técnica en Bruno Latour. Una aproximación a la teoría del actor-red. *Psicología, Conocimiento y Sociedad*, 2 (1), 54 – 79. Disponible en [www.http://revista.psico.edu.uy](http://revista.psico.edu.uy)
- Domènech, M. (1998) *Claves para la lectura de textos simétricos*, en Domènech, M. y Tirado, J. (comps.) *Sociología simétrica*. Barcelona, Gedisa, pp. 13-50.
- Debaise, D. (2004). Qu'est-ce qu'une pensée relationnelle? *Multitudes*, 18 (4), 15–23. <https://doi.org/10.3917/mult.018.0015>
- Ferreira, P. P. (2017). Reticulações: Ação-rede em Latour e Simondon. *Revista Eco-Pós*, 20(1), Article 1. <https://doi.org/10.29146/eco-pos.v20i1.10406>

Harman, G. (2015) *Hacia el realismo especulativo*. Caja negra.

Heredia, J. M. (2015). Lo psicosocial y lo transindividual en Gilbert Simondon.

Revista Mexicana de Sociología, 77 (3). Recuperado de:

<http://mexicanadesociologia.unam.mx/docs/vol77/num3/v77n3a4.pdf>

Heredia, J. M. (2015). “Técnica y transindividualidad”, en Blanco, J., D. Parente, P.

Rodríguez y A. Vaccari (eds.), *Amar a las máquinas: Cultura y técnica en Gilbert Simondon*. Prometeo, pp. 175-196.

Latour, B. (2007). *Nunca fuimos modernos: Ensayo de antropología simétrica*. Siglo XXI.

Latour, B. (2001). *La esperanza de Pandora: Ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia*. Gedisa.

Latour, B. (2005). *Reensamblar lo social: Una introducción a la teoría del actor-red*. Manantial.

Melo, M. de F. A. de Q. e, & Moraes, M. O. (2016). A técnica como modo de existência: Um diálogo entre as ideias de Latour e Simondon. *Memorandum: Memória e História em Psicologia*, 31, 276–297.

Mills, S. (2014). *Gilbert Simondon: Causality, ontogenesis & technology* [Ph.D. Thesis. Faculty of Arts, Creative Industries and Education, University of the West of England]. en

<https://uwe-repository.worktribe.com/output/821610/gilbert-simondon-causality-ontogenesis-technology>

- Mol, A. y Law, J (1995) Notes on materiality and sociality. *The Sociological Review*, 43, 274 -294.
- Monterroza, A. (2017). Una revisión crítica a la teoría del Actor-red para el estudio de los artefactos. *Trilogía Ciencia Tecnología Sociedad*, 9 (17).
- Penas López, M. (2014). Individuación, individuo y relación en el pensamiento de Simondon [Ph.D. Thesis, Universitat Autònoma de Barcelona]. En *TDX (Tesis Doctorals en Xarxa)*. <https://www.tdx.cat/handle/10803/313452>
- Quéré, L. (1989). Les boîtes noires de Bruno Latour ou le lien social dans la machine. *Réseaux. Communication - Technologie - Société*, 7(36), 95–117. <https://doi.org/10.3406/reso.1989.1354>
- Simondon, G. (2015): “Cultura y técnica”, en Blanco, J., D. Parente, P. Rodríguez y A. Vaccari (eds.), *Amar a las máquinas*. Cultura y técnica en Gilbert Simondon. Prometeo, pp. 175-196.
- Simondon, G. (2008) *Dos Lecciones Sobre El Animal y El Hombre*. La Cebra.
- Simondon, G. (2015) *La individuación a la luz de las nociones de forma e información*. Cactus.
- Simondon, G. (2007) *El modo de existencia de los objetos técnicos*. Prometeo Libros.
- Wallace, D. F. (1996) *Infinite Jest*. Back Bay.